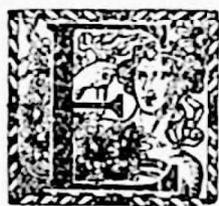


Enrique Molina

Los defectos de nuestro carácter



El señor Joaquín Edwards Bello ha publicado recientemente (1) un artículo en cuyo título se pregunta «¿Cómo combatir la terrible depresión de nuestro carácter?».

No se puede negar que el título es espeluznante. Parece un afiche en tiempo de epidemia. El tema tal vez lo merece porque es de sumo interés y grandes proporciones; pero pensamos que el ilustre periodista, junto con decir muchas cosas muy acertadas, ha errado el diagnóstico del caso y se ha equivocado y ha incurrido en injusticias al señalar algunas de las causas del mal que aqueja a nuestra psique colectiva.

Principia por decir el señor Edwards Bello que en la Conferencia del Trabajo celebrada hace poco en Santiago, el delegado británico declaró que «en parte principal el éxito asombroso del Japón reside en la educación psicológica del pueblo». Luego agrega: «La educación de la psicología popular contiene los elementos de la salud, de la felicidad y del éxito futuros».

(1) «La Nación» del 19 de marzo.

No está demás ver que las anteriores expresiones no contienen lo que el señor Edwards Bello quiere decir y que más adelante en su artículo deja en claro. Son expresiones confusas. «Educación psicológica» no puede significar sino enseñanza de la ciencia especial de la psicología o educación llevada a cabo por medio de métodos adecuados a la naturaleza y condiciones de los educandos. Hablar de la «educación de la psicología popular» o equivale exactamente a decir «educación del alma popular» o queda en la región de lo obscuro y nebuloso. Ambas expresiones no nos traen, pues, ninguna novedad y no nos abren un camino hasta ahora ignorado para ir a la conquista «de la salud, de la felicidad y del éxito futuros».

Pero luego el señor Edwards Bello se ocupa de la importancia del entrenamiento del carácter y deja en plena luz su idea inspiradora. Manifiesta algo que no es tampoco una novedad, pero sí una verdad precisa en que es indispensable insistir.

Agrega a continuación el señor Edwards Bello: «En nuestra tierra estamos necesitados de esta clase de estudios a causa de una visible depresión del carácter nacional, cuyo origen reside en condiciones de raza, de vida, y en primer lugar, en la falta de maestros de optimismo interno y profundo».

Llamar los actuales defectos de nuestro carácter «depresión» es lo que he calificado al empezar estas líneas de diagnóstico erróneo. Quién sabe si a algunos sectores de las capas populares de la población podría con-

venirles este término. Pero a los sectores sociales que más actúan, a los que parece referirse preferentemente nuestro autor por los detalles con que corrobora su tesis, no les conviene.

Creo que es más acertado designar lo que ocurre como desorientación e indisciplina del carácter, como impulsividad y falta del sentimiento de responsabilidad.

Los mismos ejemplos que aduce el señor Edwards Bello quedan más bien bajo estos rubros que no bajo el de una depresión del carácter. Se refiere nuestro escritor a que el pueblo chileno es a la fecha «escéptico, socarrón, aficionado a poner motes y burlarse de todo»; a que «ha perdido la fe en el futuro, prevé mayores males que los reales, no confía en su suerte y cree, en fin, que todo va para peor»; y a que «la manía revolucionaria negativa, de odio de clases, es tan visible que se nota aún en las caras de las calles, en la manera de hablar, de saludar».

¿No es cierto que en todo esto hay más desorientación e impulsividad que depresión?

En cuanto a los ejemplos mismos convengamos en que si encierran mucho de verdad contienen no poca exageración.

Lo del nombre que sea más propio para los defectos de nuestro carácter colectivo puede quedar terminado como una cuestión de palabras, aunque en todo caso no sin importancia; pero lo esencial es el remedio.

Al respecto el señor Edwards Bello señala el ori-

gen de lo que él llama la depresión de nuestro carácter «en condiciones de raza, de vida, y en primer lugar, en la falta de maestros de optimismo interno y profundo».

El término raza es uno de los más imprecisos que existen. Las razas han cambiado, se han mezclado, empeorado, o mejorado. En sociología es una causal algo descalificada como antecedente de fenómenos sociales. Las condiciones de vida, expresión imprecisa también, aunque menos que la anterior, habría que entrar a determinarlas para ver el mucho mal que sin duda obra por ese lado y ver como remediarlo. En cuanto a la falta de maestros de optimismo luego entraremos a considerarla.

Aceptemos por el momento sin mayor discusión la expresión optimismo y su contraria pesimismo, aunque son engañosas y fácilmente vulnerables, para no continuar deteniéndonos en análisis de vocablos.

El señor Edwards Bello anota la falta de maestros de optimismo en Chile. Hagamos primeramente una observación a rebours. ¿Sabe el distinguido escritor cuál es uno de los más calificados y leídos maestros de pesimismo con que cuenta el país? Es el señor Joaquín Edwards Bello. Siento mucho que esta noticia pueda serle desagradable; pero no afecta ni a la elevación de sus propósitos ni a la honradez y sinceridad con que procede. Afirmando el hecho de que la crítica continuamente sombría, sin que se vea un resquicio luminoso de la realidad, críticas no pocas veces exagera-



radas, que suele ser la manera de escribir del señor Edwards Bello, deja en los ánimos una impresión meramente pesimista, una amargura sin reactivo. En párrafos anteriores he citado algunas muestras de las exageraciones de nuestro escritor. Es verdad que cuando estas pasan de punto no causan ningún daño, porque en virtud de su misma desproporción resultan inocuas. Me parece que este es el caso cuando el señor Edwards Bello dice: «el odio de clases, la politiquería, y el espíritu revolucionario estéril, de conferencias y folletos, nos han traído al extremo de no conceder simpatía en la sociedad sino solamente a los mendigos, los cesantes, los lisiados, los conventillos, los harapos. Algo limpio, grande y reluciente nos llena de odio. Es lo que llamamos el cultivo del fracaso». Está muy bien que condenemos el odio de clases, la politiquería y el espíritu revolucionario; pero todo lo demás que agrega el señor Edwards Bello en el párrafo citado es pura exageración que subleva cuando llega a afirmar que «algo limpio, grande y reluciente nos llena de odio».

La injusticia es también motivo de pesimismo. No voy a decir que el señor Edwards Bello sea siempre injusto ni mucho menos; pero lo ha sido ahora al sostener en su artículo que los defectos de nuestro carácter nacional se deben en primer lugar a la falta de maestros de optimismo.

Voy a recordarle al distinguido escritor que tales maestros los ha tenido siempre Chile y que las actuales generaciones cuentan también con ellos. Va a que-

dar así comprobado que al negarlos ha sido injusto; y, lo que es peor, que ha lanzado con sus palabras esa misma semilla de la depresión del carácter que tanto lamenta. El germen depresor no irá a dañar seguramente a los viejos maestros que no se dejarán afectar por el desconocimiento de su obra, pero sí a centenares de jóvenes que se inician en el magisterio y verán cuán inútiles y cuán ignorados resultan los méritos de vidas enteras consagradas a la educación.

Sin forzar en lo menor la historia, cabe decir que Bilbao, Lastarria, Barros Arana, Vicuña Mackenna, don Miguel Luis Amunátegui y don Crescente Errázuriz fueron, por su acendrado patriotismo, sus luchas cívicas y sus obras, maestros de optimismo. «¿Qué mejor maestro de optimismo que don Vicente Pérez Rosales, hombre lleno de iniciativas y de empuje, explorador y colonizador en medio de la selva virgen austral, especie de Ulises nacional que escribió su propia Odisea en sus admirables «*Recuerdos del Pasado*»?

Pero tal vez el señor Edwards Bello no pensaba en circunstancias del último siglo, aunque sean de su segunda mitad. Veamos en nuestro tiempo y empecemos por un maestro que ya no existe.

Alejandro Venegas falleció hace poco menos de veinte años. Me unió a él una amistad de toda la vida. Fué un profesor eminente por su saber, su talento y sus condiciones de educador. En sus últimos tiempos, fué vice-rector del Liceo de Talca, donde trabajamos juntos, y pocas veces rector alguno habrá tenido mejor

colaborador en sus tareas administrativas y docentes. Pero Venegas poseía una alma demasiado grande para limitarse al desempeño de sus empleos. A fin de estudiar y conocer bien nuestro país lo recorría en el tiempo que le dejaban libre sus labores ordinarias, durante las vacaciones; unas veces iba al norte hasta las pampas salitreras, otras al sur a vivir en medio de las colonias alemanas. Como su magro sueldo de educador fiscal no le permitía otra cosa viajaba en tercera, tanto en los ferrocarriles como en los vapores de la costa. Así recogió los datos que le sirvieron para elaborar sus obras «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad», publicadas con el seudónimo del Dr. Valdés Cange y que fueron inspiradas por el más limpio propósito de servir a la regeneración y mejoramiento de Chile. En sus libros, en sus charlas y en sus clases atacaba francamente los errores, los vicios y las maldades con las armas de su vigorosa inteligencia razonadora y de su ingenio burlesco. Jubilado con una pensión miserable, estableció una lechería en Santiago, en la calle de Gálvez, y un pequeño almacén en el vecino pueblo de Maipú. Aunque la existencia no fué blanda para él, jamás dió lugar en su espíritu al desaliento y a la amargura. A los jóvenes, que lo adoraban, les trató siempre con afecto sincero, con jovialidad inagotable, guiándolos con su palabra y su ejemplo por las normas de una hombría honrada y valiente.

Gabriela Mistral, gloria de Chile reconocida en todo el mundo de Occidente como uno de los más grandes

poetas de habla castellana, fué maestra y sigue siéndolo por la consagración de su vida pura y llena de entereza al arte, a las letras, a la cultura y al servicio de la patria.

La señora Amanda Labarca, mujer ilustre por su talento y sus actividades, ventajosamente conocida también fuera de Chile, es hábil educadora, escritora inspirada y conferenciante amenísima. Las adversidades de la vida no la han doblegado ni abatido jamás, ni han arrancado a sus labios ningún reproche para nadie. Su espíritu selecto, en que se alían en forma admirable la firmeza y la finura de la ductilidad, no se detiene a considerar las pequeñeces del mundo y vuela por encima de ellas en persecución siempre de alguna nueva obra creadora con que contribuir al mejoramiento general.

Si fuera cierta la transmigración de las almas y, por consiguiente, que cada alma en su ascensión de perfeccionamiento debe ser trasegada por diferentes cuerpos, habría que convenir en que la que ocupa el cuerpo de don Maximiliano Salas Marchán debe haber pasado ya por la mayor parte de las filtraciones y depuraciones requeridas para que el alma humana como un todo armónico llegue a un alto grado de perfección. Ha sido educador ejemplar toda su vida, y, después de obtenida una merecida jubilación ha vuelto a la enseñanza y va en camino de enterar un medio siglo de docencia. Tiene Maximiliano Salas todo el calor y celo de los apóstoles, pero ninguna de las violencias en que éstos suelen incurrir. Su clara inteligencia se ha enriquecido en bien

aprovechados viajes por Estados Unidos y Europa y se ha manifestado en libros didácticos importantes. Vive ansioso de saber y de servir. Su actividad es extraordinaria y no hay ocupación ni preocupación que le impidan tener buena voluntad y ser atento para todos. Hay términos del idioma que no existen para él. Hablarle del desaliento y desesperanza, de algo bueno que no se puede hacer, es mencionarle cosas que no entiende. Su espíritu marcha siempre adelante en pos del Bien.

A fines del siglo pasado y a principios del presente, fué considerable la acción del Dr. Carlos Fernández Peña, en favor de la educación pública. Sin desempeñar ningún cargo oficial importante, se dedicó generosamente a ella en una especie de apostolado cívico. Quería comunicarnos las virtudes de una democracia a la americana. Atacó vigorosamente problemas bien determinados, como el alcoholismo y las enfermedades de origen sexual. Prestaba su cooperación entusiasta en todos los órdenes de la enseñanza, obrando principalmente por medio de la Asociación de Educación Nacional, que había fundado y de la que fué presidente perpetuo y su constante animador. Su poder de asimilación intelectual ha sido muy grande y grande se mostraba también el que para comunicar a los demás sus ideas y entusiasmos tenía su fuerte personalidad.

El actual Director de la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción, don Pedro Gigoux, ha ido a los Estados Unidos dos veces por su cuenta en

busca de perfeccionamiento. Cuando fué la primera vez no tenía aún ningún empleo en Chile y llegó a Chicago con cincuenta centavos americanos en el bolsillo. Ni entonces ni después dió cuenta a su familia de las duras penurias que tuvo que sufrir. Durante muchos días el pan fué su único alimento. Sirvió de peón agrícola en el campo y de jornalero y de mozo en la ciudad. Después dió lecciones particulares de castellano hasta que logró entrar a la misma Universidad de Chicago como profesor auxiliar (i n s t r u c t o r). Recién llegado a esta ciudad le llamó al señor Gigoux la atención una alegre fiesta en que se ejecutaba muy buena música y había gran número de señores y jóvenes de toga y birrete. Se le dijo que era el acto de la g r a d u a t i o n. Cabalmente un año después se encontrabn él mismo en una fiesta análoga entre los que llevaban las insignias universitarias e iba a recibir su título de b a c h e l o r o f a r t s, el primero de los grados que conquistó por allá. El señor Gigoux permaneció, en sus dos viajes, más de cinco años en los Estados Unidos y volvió a servir a su patria como excelente profesor sin alardes de publicidad.

El conocido poeta señor Arturo Torres Rioseco, profesor también, se fué a los Estados Unidos hace más de veinte años, igualmente por su cuenta, tras mejores oportunidades para su inteligencia. Allá lo vi luchar ruda y honradamente por la vida. Ha obtenido el triunfo que por su talento y su perseverancia merecía. Goza de renombre ahora en todo el mundo literario oc-

cidental y ha llegado a profesor de más de una gran Universidad americana.

Me parece que a ninguno de los nombrados se le pueden regatear los títulos de maestro de energía y optimismo. Todos han obrado sobre los jóvenes y sobre sus conciudadanos con el aliento de una vida ejemplar y con el verbo cálido de su palabra hablada o escrita.

Y cuántos más sería posible designar de entre los educadores aun y en otros campos de actividad, en el periodismo, en las letras, entre los profesionales, industriales y hombres de negocios.

No sería justo decir que es el ambiente de Santiago el que engendra el pesimismo. En toda sociedad, particularmente si es grande, no hay un solo ambiente sino muchos. Así lo prueban los propios ejemplos de maestros de optimismo que hemos aducido, referentes a personas que en su mayoría viven en la capital. Pero es verdad que en algunos círculos de la politiquería y de la intelectualidad santiaguinas se respira una atmósfera de descontento, de crítica apasionada y de maledicencia que es capaz de marear y envenenar a cualquiera. Se hace una puja del *p e l a m b r e*, porque se teme, al no tomar parte en él, revelar poco ingenio. No quiero decir, sería inocencia pensarlo, que fuera de Santiago no ocurra algo semejante en menor escala.

Mas el que sólo respira este aire amargo se halla perdido para tomarle el pulso en su integridad al alma nacional. No me imagino que estemos en Jauja. Es condición humana que haya dolores y enfermedades en

cualquiera clase social. Sabemos que, por desgracia, hay además miserias en las clases bajas. Pero qué de sorpresas se pueden encontrar a lo largo del país en materia de bellas iniciativas, qué de paradigmas ofrecidos por las luchas heroicas de corazones modestos y caracteres esforzados. Muchos temas sería dado sacar de la enjundia de la vida nacional para narraciones optimistas y más edificantes, por ser más reales que las historietas norteamericanas transcritas por el señor Edwards Bello, sobre las cuales hay que convenir, sin dejar de estimarlas mucho, que suelen resultar un poco ingenuas.

• • •

A la pregunta hecha por el señor Edwards Bello en el título de su artículo—que cambiando «depresión» por «defectos del carácter» es una formulación completa del problema—no cabe contestar sino de dos maneras. ¿Cómo combatir los defectos del carácter? O haciendo desaparecer las causas que los producen o formando los caracteres para que se sobrepongan a ellos.

Ubicado así el asunto es posible llevar a cabo, conjuntamente un análisis de ambos aspectos de la cuestión más amplia que el somero examen hecho por el señor Edwards Bello. Este, como acabamos de verlo, llegó a señalar las causas del mal de una manera vaga o a atribuirlo a causas que no son tales, lo que no quita su valor al artículo que estudiamos ni niega la noble finalidad del autor. Lejos está de mí también la pretensión

de abordar de una manera completa el tópicó en estas páginas. La cuestión es de aquéllas que no se agotan en un artículo de diario o de revista.

Ensayemos un esbozo sintético de lo que la educación lleva a cabo en esta materia. No es mucho lo que pueden hacer los educadores para modificar directamente las causas que malean los caracteres, como ser las inconvenientes condiciones sociales, económicas y políticas, las taras fisiológicas de los padres y el alcoholismo, que bien merece entre nosotros una mención especial, no honrosa por supuesto. Deber de ellos es, claro está, criticarlas y condenarlas, y vivir si es posible en perpetua cruzada contra esos males.

La primordial misión del educador se sitúa en la formación del alma de los individuos que se le han encomendado, misión que debe realizar con la mirada puesta en el ideal de una sociedad mejor, con lo que también ataca indirectamente los males que acabamos de indicar.

Entiendo que desde el punto de vista de la formación del carácter o de la voluntad, que viene a ser lo mismo, el núcleo del alma ha de constituirlo la noción de que la ley suprema del hombre es el trabajo, no considerado como una condenación, sino como una alegría a la manera griega. Corolario de este principio tiene que ser la valoración del hombre únicamente por el trabajo que realiza, por la obra que ejecuta, y el rechazo de las demás valoraciones como entronizamiento de la preocupación, del privilegio o del prejuicio. For-

man guardia alrededor del núcleo cordial indicado el sentimiento de responsabilidad y la idea de deberes que cumplir, junto con la disciplina y dominio de sí mismo que todo esto implica.

El carácter que delineamos debe superar la antinomia tan en boga en nuestros días de explotadores y explotados. Le repugnará ser lo primero como contrario a su espíritu de justicia y lo segundo por incompatible con su dignidad. ¿No debemos acariciar esta concepción como un anuncio de lo que la sociedad misma ha de plasmar algún día?

Más estas ideas esenciales de la rectitud moral son asaltadas muy a menudo por factores que vienen a perturbar su afianzamiento y desarrollo. Cuando los asaltantes son la miseria y la injusticia se produce con mayor frecuencia el caso de la tesis sustentada por el señor Edwards Bello: sobreviene la depresión del carácter. Es lo menos que puede ocurrirle a quien arrastra su vida careciendo de lo indispensable para satisfacer sus más premiosas necesidades, sin decir nada del que anda medio muerto de hambre y cubierto de harapos. En cuanto a condiciones sociales estimadas como injustas, ha sido inmenso el daño hecho por la creencia tan difundida en nuestro país—algún motivo habrá habido para ello—de que sólo triunfa el que cuenta con buenas relaciones y con empeños, de que las prebendas y cargos de importancia únicamente los disfrutan quienes llevan apellidos de figuración e influencias y de que no se aprecia, tanto en el orden espiritual como en el mate-

rial, sino lo que exhibe la marca de «made in Santiago».

Disolventes del carácter y causas que estorban su formación constituyen las malas inclinaciones y vicios que provienen de una herencia orgánica lisiada. Agreguemos la cohorte de las falsas valoraciones sociales y de las funestas sugerencias que se desprenden de algunos medios de la sociedad. Cuántas víctimas hacen la debilidad de no poder resistir las tentaciones del alcohol y del juego y la vanidad de figurar en el mundo por encima de cuanto los recursos de cada cual permiten. En otros términos se llama esto también falta de personalidad: pone la propia estima bajo la dependencia del juicio de los demás y de quienes a veces nosotros mismos no estimamos. Desde Sócrates y los estoicos, la filosofía viene enseñando a los hombres que la verdadera garantía de la libertad interior, la única invulnerable, se halla en no reconocer otro juez que la propia conciencia dirigida por valores morales que ella misma ha aceptado.

Gran parte de los actuales defectos del carácter se pueden agrupar bajo el nombre de individualismo desenfrenado; pero no es este un hecho sólo nacional. Es de nuestra época escéptica en que, bajo apariencias socializantes, ese individualismo agresivo se presenta por doquiera en forma de desconocimiento de toda norma moral cuando hay un interés de por medio. Es tal vez el resultado de la pérdida de la fe en valores de ultratumba y del sufragio universal. Los hombres, no espe-

rando nada del más allá, no se resignan a dejar de gozar de los bienes de esta tierra y cuentan para conseguirlo con tener en sus manos los instrumentos que todo lo forjan en la democracia, el sufragio y la presión de las masas. No cabe negar que hay mucho de justo en las aspiraciones y reivindicaciones de los que sufren de pobreza; pero es un error sociológico esperar todo de la sociedad y del Gobierno. Quienes pretenden esto y se ven naturalmente defraudados en sus pretensiones se irritan contra esas entidades y se tornan inadaptados y pesimistas. Así tenemos un individualismo negativo que no pone sus esperanzas ni en las propias iniciativas ni en el trabajo honrado. La depresión producida por la miseria y la injusticia, de que hemos hablado antes, engendra el tipo abúlico e incapaz, y la decepción sufrida por quién, sin sentido de la realidad vital, lo esperaba todo de la sociedad y del Gobierno, da lugar al rebelde amargado e incapaz de un trabajo regular. Ambos tipos pueden, sin embargo, ser superados por el apóstol de verdad que, aunque nacido de las mismas condiciones, reuniendo una voluntad fuerte e ideales sinceros de mejoramiento y de justicia, es un rebelde noble y activo.

Lo dicho deja en claro también cómo la humanidad ha llegado a un momento en que uno de sus problemas más urgentes, es la reconstrucción de su conciencia moral.

No es tampoco síntoma de depresión del carácter la impulsividad de que encontramos frecuentes muestras en

la existencia diaria, en la vida política, en la prensa y hasta en la confección de las leyes. Es ligereza y des-
aprensión, incapacidad para reflexionar y falta de dis-
ciplina y del sentimiento de responsabilidad. Hay un
malhadado adagio, al parecer sólo chileno, que condensa
estos defectos del carácter nacional: «En el camino se
arreglan las cargas», se dice. Más suele suceder que no
se arreglan sino que se derrumban. Habría que borrar
ese funesto adagio del refranero de nuestro pueblo y
reemplazarlo por otro—en la esperanza de acostum-
brarnos a ser menos atolondrados y más previsores—
cuya enseñanza fuese que se había de partir siempre
con las cargas bien arregladas.

La formación del carácter y la obra educadora en
general tienen algo de la tarea de Sísifo. La jauría de
los problemas se renueva en cada generación, con pare-
cidas o distintas formas. El verdadero educador los
ataca sin desmayar. En su lucha no recurre con fre-
cuencia al término optimismo, porque sabe que éste tie-
ne una precisa connotación filosófica que lo hace, como
hemos dicho anteriormente, muy vulnerable; pero debe
ser optimista en el alma para que su acción lleve aliento
renovador. Pretender inculcar como sentido de la vida
un optimismo integral es más difícil y más expuesto a
decepciones que inculcar la fe religiosa. Los desenga-
ños de la fe, por lo que promete, no son de este mun-
do, lo que es un resguardo para ella. En cambio los
del optimismo sí, circunstancia que hace correr el riesgo
a quien lo abraza de ser tristemente ingenuo, como lo

dejó probado el *Cándido*, de Voltaire. Pero queda el optimismo que pone la confianza y busca la alegría del hombre en el trabajo. Este es el único capaz de resistir los embates del espíritu escéptico, es el compatible con el buen sentido, y, por consiguiente, el único eficaz, no tratándose de héroes o de santos.